

empleo que el duque de Baviera dió al dinero francés; pidió á París "ocho trajes bordados y galoneados, de telas de oro y plata; dos ricas batas; doscientas libras de peso en telas de oro, de plata y de seda para trajes de princesas; veinticuatro pares de zapatos bordados de oro ó plata para mujeres; una gran carroza de embajador forrada de terciopelo y oro con arneses de lo mismo; una berlina dorada para su alteza electoral, forrada por dentro de terciopelo y adornos dorados, con variados arneses y accesorios; después vienen las gualdrapas, las sillas, las bridas y los frenos, todos bordados de oro y plata; ocho mil varas de galones con fondo de plata y seda para las libreas, más trescientos marcos de galones de plata calada para el séquito de su alteza electoral en Francfort; más de doscientos setenta marcos de galones llamados mosqueteros para sombreros y trajes de guardias. No acabaríamos si hubiésemos de enumerar las cómodas, los relojes, los espejos, los servicios de postres, los vinos que debían comprarse en París por cuenta del elector con los subsidios del cardenal (1). ¡Hé aquí, pues, lo que preocupaba al futuro emperador de Alemania! La pompa de la coronación, los trajes galoneados y bordados en todas las costuras, el lujo del mobiliario, los gocees del poder. No pensaba en que era preciso conquistarle. Mejor dicho, pensaba en ello, pero dejaba ese cuidado á Francia.

II

Prescindamos de esos pobres electores y apresurémonos á ver un hombre en escena. Cuando se compara á Federico II con los demás príncipes de Alemania, se comprende la admiración entusiasta que le prodigaron sus contemporáneos; le llamaron grande por excelencia, y no quisieron que se le igualara con ningún otro príncipe; él era el *único*. La posteridad no ha participado de ese entusiasmo, y cada día participará menos, á medida que la idea del derecho penetre en la conciencia general. Creemos con el conde de Maistre que la grandeza de Federico fué completamente relativa: no fué un grande hombre, sino un gran ciudadano prusiano (2). Cuando el príncipe que acababa de

(1) SCHLOSSER, *Geschichte des XVIII^{ten} Jahrhunderts* t. II, página 20.

(2) DE MAISTRE, *Cartas*, t. I, p. 97.

escribir una refutación de Maquiavelo subió al trono, Voltaire creyó ver en él el Salomón del Norte. El príncipe de la paz se cambió, como por milagro, en conquistador. Un historiador alemán dice que no hay por qué lamentar que el rey de Prusia no haya correspondido á las esperanzas del filósofo francés. "La providencia, añade Menzel, quería que Prusia reemplazase á Suecia en la representación del espíritu protestante. Esa es la grandeza de Federico, y eso vale más que un reinado pacífico como el de Salomón" (1).

Hay una singular ilusión en esta glorificación del héroe prusiano. Nadie se habría admirado más que el mismo Federico si se le hubiese saludado como defensor del protestantismo. Se hubiera sonreído de la sencillez alemana como debió reírse cuando su amigo Voltaire le llamó Salomón. ¿Quién se ha preocupado menos que él de la religión? El protestantismo apenas le era más simpático que el catolicismo, y ciertamente que no pensó en desempeñar el papel de Gustavo Adolfo, cuando tomó las armas contra la heredera de la Casa de Habsburgo. Conocemos su ambición: quería hacer de la monarquía prusiana una realidad engrandeciéndola. Hé aquí una ambición que ciertamente nada tiene de común con los destinos de la religión cristiana. Esto no quiere decir que la Prusia no tenga su misión, y que, al constituirla, Federico no haya concurrido á los designios de Dios. Pero, ¿tenía conciencia de esta misión? Si por espíritu protestante se comprende el espíritu del libre pensamiento, puede decirse con los historiadores alemanes que Prusia está llamada á presidir al desarrollo de la libertad intelectual, y, por consecuencia, de la libertad política en Alemania. Falta saber si eran éstos los sentimientos y las ideas que inspiraban al joven conquistador de la Silesia. Aun siendo libre pensador, no creía que el género humano fuese capaz de elevarse jamás á la libertad del pensamiento; mucho menos pensaba en la libertad política. Ha sido necesario un concurso de circunstancias completamente imprevistas, para que los Hohenzollern enarbolasen la bandera de la libertad. Un siglo ha pasado desde el advenimiento de Federico, y la misión de su monarquía es siempre problemática y más ó menos nebulosa, como todo lo que los alemanes conciben en el or-

(1) MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. X, p. 388.

den político. Es posible que el porvenir realice las aspiraciones que se han manifestado desde el magnífico arranque de 1813. Pero de todos modos, este porvenir no puede invocarse para justificar á Federico II. Justificará á la Providencia y confirmará la creencia en un gobierno providencial de las cosas humanas; pero los designios de Dios y los medios de que se sirve para llevarlos á cabo no justifican á los hombres. Federico II no era el órgano del libre pensamiento, ni tampoco campeón del protestantismo, cuando invadió la Silesia. La misión que Prusia cumple en la vida de la humanidad es, pues, incuestionable. Como hombre político, Federico debe ser juzgado por el fin que se propone y por los medios que emplea para alcanzarlo. Ahora bien, el fin era sencillamente el que todos los príncipes ambicionaban en el último siglo, redondear sus Estados, y los medios fueron el desprecio del derecho, la violencia, la violación constante de los tratados. ¿Son estos elementos de verdadera grandeza? Según eso, los Cartouche y los Mandrín hubieran sido grandes hombres.

El conde de Maistre dice que Federico fué un gran Prusiano, y tiene razón. Hoy que las ideas de nacionalidad y de patria alemana agitan los espíritus, los historiadores quisieran transformar al usurpador de la Silesia, al aliado infiel de la Francia, en patriota alemán. Es otra ilusión. Indudablemente, si hubiéramos de atenernos á los manifestos, habría que decir que Federico fué el defensor de la libertad germánica. Acusa incesantemente la ambición de la Casa de Austria, y dice que, desde hace algunos siglos, el objeto constante de su política es encadenar la libertad de Alemania. Si el rey toma las armas en 1744, después de haber prometido amistad eterna á Maria Teresa en el tratado de Breslau, es para volver la libertad al imperio. Federico protesta que no pide nada para él: á darle crédito, es el campeón desinteresado del imperio, de su dignidad, de su independencia (1). Pero ya sabemos lo que estas bellas frases quieren decir. ¡El defensor generoso de la libertad germánica se hacia ceder por el emperador, como precio de su apoyo, la Silesia y una parte de la Bohemia! ¿Qué era, después de todo, aquella libertad germánica oprimida por el Austria? Era la soberanía de los príncipes; ahora bien,

(1) ROUSSET, *Recopilación de actas*, t. XVIII, p. 457.

no vemos lo que tenga de común el despotismo de los mil y un tiranuelos que explotaban la Alemania para alimentar su lujo y sus desórdenes con la libertad ni con la independencia de los Alemanes.

Para justificar, ó excusar al menos, la política maquiavélica del autor del Anti-Maquiavelo, los historiadores Alemanes dicen que todo se explica por el temor legítimo que Federico tenía á la dominación francesa. Su biógrafo nos dice que ya antes de su advenimiento al trono decía que el rey de Francia desempeñaba el papel de Filipo de Macedonia. Colocado en el trono, no quiso apoyar una ambición que tendía á esclavizar á Alemania. Los designios que se proponía Francia, tomando parte por el duque de Baviera contra Maria Teresa, no eran un secreto para nadie. Pronto se manifestaron á la luz del día. Quería elevar sobre las ruinas de la monarquía austriaca pequeños soberanos, que, rivalizando entre sí, hubieran estado siempre bajo la dependencia de sus omnipotentes vecinos: "Esto era, dice Federico II, renovar los usos de la política de los Romanos en los tiempos más florecientes de aquella república" (1). Evidentemente. Federico, aunque no fuese más que por interés personal, no podía hacerse cómplice de la ambición francesa. Pero ¿es cierto que fuese ese el pensamiento que inspiró su política? ¿Por qué, si temía las invasiones de la Francia, se hizo su aliado para destruir la única potencia alemana que hacía frente á sus turbulentos vecinos? Uno de los mejores historiadores Prusianos dice que vaciló. Bien; pero después de haber vacilado, aceptó los ofrecimientos que le hizo el mariscal de Belle-Isle, y no fué culpa suya si Maria Teresa no sucumbió bajo la coalición del continente. Ranke insiste, y dice que ese mismo temor de la preponderancia francesa indujo á Federico á tratar con Austria, cuando ésta, en el borde del abismo, se resignó á cederle la Silesia inferior. Así, pues, ¡para salvar á Maria Teresa la despojaba! Dos años más tarde volvió á tomar las armas; esta vez no fué para salvar al Austria, fué para quitarla el resto de la Silesia y la Bohemia, de que quería tomar una parte para sí. Al mismo tiempo declaró á la corte de Versalles que de ella dependía encontrar en Prusia la aliada fiel que otro tiempo había tenido en Suecia, pero

(1) PREU S, *Friedrich der Grosse*, t. I, p. 194, 196.—FEDERICO II. *Hist. de mi tiempo*, c. 14 (Obras, t. II, p. 93).

aliada más poderosa y más adicta. ¿Cómo se concilia esto con la pretendida política anti-francesa de Federico? Él mismo sentía todas las contradicciones de su conducta; como para justificarse á sus propios ojos decía á sus ministros: "Los Franceses nos dejan coger la Silesia; ¿por qué no los dejaremos engrandecerse á su vez?", (1). Hé ahí á qué conducía el patriotismo alemán de Federico. Era el egoísmo de príncipe dinástico. Este egoísmo labró la grandeza de la Prusia, no labrará la grandeza de Federico: una pequeña pasión no puede nunca hacer un grande hombre.

N.º 3.—*María Teresa*

La coalición quería repartir la monarquía austriaca después que todos los príncipes coaligados habían garantizado la indivisibilidad. Por su parte, María Teresa formó proyectos de reparto. Nada más natural: eran represalias. No es menos cierto que todos los tratados celebrados, ya por los enemigos de la reina de Hungría, ya por la heredera de los Hapsburgos, tendían á trastornar la constitución política de Europa. Prueba evidente de que no hay ni aun seguridad para la existencia de los Estados mientras solamente reine el interés en las relaciones de los pueblos. Por mejor decir, no se trataba de los pueblos: ¡la política de los reyes descuartizaba á las naciones como si fueran materia inerte! Esta política criminal se castigaba á sí misma, porque aquel que hoy repartía corría riesgo de ser repartido mañana. Tal es el espectáculo que ofrece Europa á mediados del siglo XVIII.

Antes de la batalla de Mollwitz, María Teresa desdeñaba al más temible de sus enemigos: el rey de Prusia era á sus ojos un vasallo sublevado contra su soberano. ¿No debía el marqués de Brandeburgo su corona al emperador? ¡Y este rey de relumbrón pretendía despojar á la heredera del emperador! Se le quiso castigar por donde había pecado. María Teresa hizo un tratado con el rey de Polonia, como elector de Sajonia, con el rey de Inglaterra, como elector de Hanover, y con la emperatriz de Rusia. Se trataba de hacer entrar en razón al joven temerario que se había atrevido á invadir en plena paz una provincia austriaca. Creíase la cosa fácil. Pero la victoria de los Prusianos en

(1) RANKE, *Preussische Geschichte*, t. II, p. 263, 333, 269.

Mollwitz desengañó á los coaligados. El elector de Sajonia cambió bruscamente de partido: se unió á los enemigos de la reina de Hungría, para repartir la magnífica presa de la monarquía austriaca. El elector de Hanover, no podía, en su calidad de rey de Inglaterra, imitar este lindo ejemplo; contentóse con estipular la neutralidad para su querido elector. Rusia estaba ocupada con la guerra de Suecia (1).

En 1745, el proyecto de repartición de Prusia fué resucitado por la vengativa María Teresa, y hay que convenir en que tenía buenas razones para vengarse de Federico. El rey de Prusia acababa de firmar el tratado de Breslau, por el cual la reina de Hungría le cedió la mitad de la Silesia, cuando tomó las armas para oponerse á los proyectos de María Teresa, que, desde el abismo en que había estado á punto de perecer, se había levantado victoriosa y amenazaba á su vez á sus enemigos. Halló en el elector de Sajonia un aliado que odiaba al rey de Prusia con un odio vivísimo como el de ella: él y su ministro tenían que vengarse del desdén que les manifestaba Federico. Rusia estaba pronta á unirse á esta nueva coalición; se le ofreció la Prusia ducal, pudiendo cambiarla por la parte de la Polonia que le fuese más conveniente. Faltaba ganar á Inglaterra, la única que daba vida á las coaliciones, porque disponía del nervio de la guerra. Como elector de Hanover, Jorge II hubiera cercenado con gusto la Prusia, cuyo rey le era profundamente antipático. Pero no era Jorge quien disponía de los subsidios, era el parlamento. Y ¿cómo proponer al parlamento un tratado de reparto que tendiese á destruir la monarquía prusiana, es decir, un reino protestante, en favor de Polonia y del Austria, Estados esencialmente católicos? El embajador inglés en Viena declaró sin ambages que el proyecto era impracticable (2). Sin embargo, María Teresa y el elector de Sajonia no renunciaron á su pasión de venganza; á falta de la coalición poderosa que habían imaginado, hicieron un tratado particular. Su odio se manifiesta en el preámbulo: "La experiencia, dicen, ha dado á conocer perfectamente hasta qué punto el rey de Prusia lleva sus malas intenciones para turbar la tranquilidad de sus vecinos. Es preciso encerrar á

(1) FEDERICO II, *Hist. de mi tiempo*, c. II (*Obras*, t. II, p. 65).—STENZEL, *Geschichte des preussischen Staates*, t. IV, p. 117.

(2) RANKE, *Preussische Geschichte*, t. III, p. 225, 228.

este temible vecino en límites estrechos. Con este fin, Austria y Sajonia convienen en emplear sus esfuerzos comunes. Se le quitará cuanto sea posible, á fin de reducirlo á un estado en que ya no pueda ser peligroso (1). Era el contrapeso de la ambición de Federico. Quería hacer de la monarquía prusiana una realidad: sus enemigos querían aniquilarla, despojándole hasta de las posesiones de sus antepasados. La victoria se decidió por Federico.

La reina de Hungría alimentaba todavía deseos más ambiciosos. Engreída con sus victorias sobre Baviera y Francia, concibió el proyecto de humillar la Casa de Borbón y el elector, que se habían conjurado para su ruina. La fortuna parecía sonreírle, y quiso aprovecharse. Su padre había cedido el reino de las Dos-Sicilias á un Borbón de España para obtener la garantía de la *Fragmática Sanción*. Puesto que, con desprecio de los compromisos contraídos por el tratado de Viena, los Borbones habían intentado destruir la Casa de Austria, ¿por qué María Teresa no había de echar á los Borbones de Italia? Podía contar con el apoyo de Inglaterra, y el rey de Cerdeña estaba siempre pronto á ayudar á la expulsión de cualquiera de la tierra italiana que deseaba para sí mismo. Se le daba la Sicilia, y la reina de Hungría guardaba para sí á Nápoles, la Toscana y Milán, es decir, casi toda la Península. En Alemania no tenía menores proyectos de engrandecimiento. En todo tiempo, los archiduques de Austria han codiciado la Baviera: los dos países se tocan, y, por decirlo así, no forman más que uno. Sin embargo, María Teresa conocía que era difícil destruir la antigua Casa de Wittelsbach, y contaba con indemnizarla, tomando á Francia la Alsacia y la Lorena. Es cierto que la Alsacia había sido cedida á Francia por un tratado que era la base de la constitución europea. Pero no se respetaban ya los tratados desde que las garantías de la *Pragmática Sanción*, tan solemnemente prometidas, habían sido abiertamente violadas. Es verdad también que el esposo de María Teresa había recibido la Toscana en cambio de la Lorena. Pero el tratado de Viena caía como todos los demás. Todo volvía á ponerse en tela de juicio. ¡María Teresa pensaba en volver á

tomar hasta los tres obispados que la Francia poseía desde el siglo XVI! (1).

María Teresa encontró para ejecutar sus deseos un agente digno de la obra de violencia que le estaba confiada. Es preciso leer la proclama del coronel Menzel á los habitantes de las provincias que otro tiempo habían formado parte de la Alemania, para formar una idea de la fuerza brutal que dominaba á mediados del siglo XVIII: "Habiendo conseguido la reina de Hungría, no solamente desalojar de sus Estados á los ejércitos enemigos que los habían invadido injustamente, sino también arrojarlos de toda Europa, ha resuelto firmemente aprovecharse de las ventajas que Dios la ha concedido sobre sus enemigos. Su Majestad ha ordenado, pues, á Menzel que penetre en los países que la corona de Francia ha arrancado al imperio por sus intrigas y sus artificios. Por esto hace saber á las provincias de Alsacia, de Borgoña, del Franco-Condado, de Lorena y de Bar, á los obispados de Metz, Tours y Verdun, y á los países que han pertenecido anteriormente al ducado de Luxemburgo, que los sigue considerando como súbditos. La reina se propone restablecer las susodichas provincias en la dependencia del imperio y encerrar así á Francia en sus antiguos límites, á fin de que no tenga deseos de inmiscuirse en los asuntos de Alemania, bajo pretexto de mediación y de buenos oficios, y no pretenda ya dirigir á su gusto las elecciones del emperador, para prepararse el camino de la monarquía universal, á la cual aspira hace tantos años. Se quiere evitarla estos trabajos para el porvenir, y reducirla á tal estado que no se ocupe más que de su propia conservación. Aunque lamentándose de la suerte de los habitantes de las provincias otro tiempo alemanas que gemían bajo el yugo de la dominación francesa, el coronel Menzel no estaba muy seguro de que acogieran bien á los que venían á libertarles. Tiene, pues, cuidado en añadir "que, si hay quien se oponga á las armas de su muy graciosa soberana, se le hará entrar en razón por medio del hierro y del fuego, y se obligará á los enemigos de las órdenes graciosas de Su Majestad á cortarse recíprocamente las narices, después de lo cual se les tratará como á rebeldes," (2).

Creeríase que este manifiesto es un chiste de

(1) FEDERICO II, *Hist. de la guerra de los siete años. Pistas justificativas* (*Obras*, t. IV, p. 40).

(1) RANKE, *Preussische Geschichte*, t. III, p. 29.

(2) RAPIN DE THOYRAS, *Hist. de Inglaterra*, t. XV, p. 587.

mal género, digno de un jefe de Panduros; pero podríamos citar otro tan brutal como el anterior del famoso barón de Trenck. Estos dos coroneles, en su franqueza soldadesca, expresaban realmente el pensamiento de su soberana. No hablamos del hierro y del fuego; ni de las orejas cortadas, ni de la horca: los horrores de la guerra de sucesión atestiguan que aquellas graciosas amenazas no eran un vano espantajo. La parte política de aquellas proclamas insensatas es digna de fijar la atención del historiador. La ineficacia de los tratados, bajo el punto de vista del derecho de los príncipes, resalta en ellos con una ingenuidad que sería encantadora si no implicase que no existe entre los reyes más vínculo ni más garantía de sus posesiones que la fuerza. María Teresa reivindica todo aquello que ha pertenecido al imperio de Alemania en Francia. Sin duda por ignorancia no hablan Menzel y Trenck de los derechos de su señora sobre el reino de Arlés y la Provenza. ¡Sueño ambicioso, se dirá, de una mujer que quiere vengarse! No, esos proyectos de desmembramiento de la Francia eran muy serios. Vamos a ver que el odio inglés ayudaba a la venganza austriaca, para destruir para siempre la preponderancia de la raza gala.

§ IV.—El equilibrio.—La Inglaterra.

I

En medio de aquel desbordamiento de violencia se oye resonar la palabra derecho. Apenas formada la coalición contra María Teresa, el rey de Inglaterra anunció al parlamento que cumpliría los compromisos que había contraído para mantener la balanza del poder y la libertad de la Europa; añade que la causa del Austria era la causa común de todos los reyes y de todos los pueblos (1). La cámara de los lores respondió al discurso del trono que la tranquilidad y la seguridad de Inglaterra dependían del mantenimiento del equilibrio en el continente. En 1742 declaró que el honor así como la seguridad y el comercio de los reinos británicos, estaban interesados en que la Casa de Austria no fuese destruida. Por su parte, la cámara de los comunes votó un mensaje para mostrar el

(1) FLASSAN. *Hist. de la diplomacia francesa*, t. v, p. 132.—RAPIN DE THOYRAS, *Hist. de Inglaterra*, t. xv, p. 246, 261.

peligro en que se encontraba Europa a consecuencia de la guerra contra la reina de Hungría, y propuso emplear todas las fuerzas del Estado para restablecer el equilibrio general (1).

¿Por qué puso la Inglaterra su poder al servicio de María Teresa? Si se hubiera de dar crédito a los discursos de fórmula, los Ingleses habrían sido los campeones de la libertad del género humano. En los discursos de los oradores del parlamento se encuentran a cada paso las palabras equilibrio y monarquía universal; tanto la oposición como el partido ministerial proclamaban que Francia quería esclavizar el mundo; que solamente el Austria era bastante fuerte para hacerle frente, que auxiliar a María Teresa era defender la causa de la humanidad. La diplomacia inglesa tenía el mismo lenguaje. Léese en una memoria del embajador de Inglaterra dirigida a los estados generales que las potencias marítimas no deseaban más que impedir a Francia dominar sobre ellas y oprimir la libertad de Europa. En fin, los escritos políticos de aquel tiempo glorifican a Inglaterra por haber sostenido el derecho por el mero hecho de ser derecho (2).

Agrada oír las palabras de derecho y libertad en el conflicto de tantas codicias para las cuales no había nada sagrado. Pero cuando se trata de política no debe fiarse en las palabras. También a Federico le gustaba sazonar sus manifiestos con *libertad germánica*; acusaba a la Casa de Austria de aspirar a la dominación de Alemania, mientras que los Ingleses dirigían la misma censura a los Borbones; sin embargo, no buscaba más que el interés de la Prusia, y aun pudiera decirse que no se proponía más que un interés dinástico. ¿No sucedía lo mismo en Inglaterra? Sacrificarse por la causa de la humanidad no es propio del genio de la raza inglesa: no ha desempeñado nunca el papel de Don Quijote; para ella, la utilidad es el principio de la política, y derecho es sinónimo de comercio y de seguridad de la Inglaterra. Federico, que tan bien sabía practicar estas máximas en su provecho, nos dirá cuál era el verdadero móvil del apoyo generoso que los Ingleses dieron a la reina de Hungría.

(1) RAPIN DE THOYRAS, *Hist. de Inglaterra*, t. xv, p. 248, 309.—RANKE, *Preussische Geschichte*, t. III, p. 27.

(2) RAPIN DE THOYRAS, *Hist. de Inglaterra*, p. 251, 414.—RANKE, *Preussische Geschichte*, t. II, p. 250.

La generosidad aparente del rey Jorge, dice Federico, era un vil interés por su electorado (1). Si hemos de creer a los oradores de la oposición en el parlamento, la conducta del rey de Inglaterra merece la censura que le dirige Federico. El rey tomó a sueldo las tropas del elector de Hanover; el elector era un pobre diablo, al paso que el rey disponía de las guineas inglesas; el rey usó de ellas largamente en beneficio del ávido elector. "Nada más laudable, decía *Saint-Heslyn*, que la solicitud de Jorge por su electorado: es el más noble de los sentimientos, el amor de la patria; pero Inglaterra es también su patria, y si él lo olvida, sus ministros debían recordárselo." El fogoso Pitt fué aún más amargo, más agresivo: "Es claro como la luz del día, exclama, que este grande, este poderoso, este formidable reino es considerado como una provincia de un miserable electorado, y que las tropas de Hanover no se toman a sueldo por nosotros más que para sacarnos el dinero" (2).

Este pequeño interés hanoveriano podía tal vez ser el móvil de Jorge II, que más era príncipe alemán que rey de Inglaterra. Pero para mover a la nación se necesitaba una razón más poderosa. Es cierto, como decían los manifiestos ingleses, que los Borbones alimentaban designios ambiciosos, no que el indolente Luis XV fuese capaz de una elevada ambición; pero aquellos que habían inducido al anciano cardenal a emprender la guerra, pensaban nada menos que en dar a Francia la dominación de Europa. La envidia inglesa se alarmó con esto. Federico II, que no amaba al rey de Inglaterra, achaca a Jorge II un odio inveterado contra la nación francesa (3). En este punto al menos, el príncipe participaba de los sentimientos del pueblo. Los Ingleses no han perdonado jamás a la reina Ana haber otorgado la paz a Luis XIV precisamente cuando la coalición victoriosa podía dictar al gran rey condiciones tales que la raza gala no hubiera pensado tan pronto en turbar el reposo de Europa. Al parecer, los ambiciosos proyectos de los consejeros de Luis XV daban la razón a los temores de Inglaterra; desconociendo Francia los compromisos que acababa de contraer, pisoteaba los tratados y sus promesas, lo mismo que había

(1) FEDERICO II, *Hist. de mi tiempo*, c. viii (*Obras*, t. III, página 25).

(2) LORD MAHON, *History of England*, t. II, p. 136, 137.

(3) FEDERICO II, *Hist. de mi tiempo*, c. viii (*Obras*, t. III, p. 6).

hecho Luis XIV para dar el golpe de gracia a la Casa de Austria y asegurarse de este modo la dominación de Europa. La impericia de los generales franceses, el heroico sacrificio de la Hungría y el apoyo de la Inglaterra salvaron a María Teresa.

Hemos dicho que la victoria envenenó a la joven reina, y que pensó en reivindicar las provincias de Francia que otro tiempo habían pertenecido al imperio de Alemania. Los Ingleses excedieron, si es posible, la extravagancia de sus quiméricos proyectos: quisieron destruir el poder de la temible nación que amenaza incesantemente trastornar a Europa. Tratábase de desmembrar la Francia, creando con sus despojos un reino poderoso formado con las provincias belgas que se hubieran extendido hasta el Somme, con la Lorena, el Bar, los tres obispados y la Alsacia. Por poco que la fortuna hubiese favorecido a las armas de la nueva coalición, los Ingleses hubieran reivindicado la Normandía y la Aquitania, invocando los derechos del príncipe negro. Es un triste espectáculo el de los excesos de la fuerza. Inglaterra había tomado las armas para la defensa del derecho y de la libertad. ¡Y hé aquí que piensa en repartir a Europa, como si fuera una tierra sin propietario! Para atraer a Federico a la gran alianza contra Francia se le daba carta blanca en Polonia: "Si Su Majestad quisiera engrandecerse por el lado de la Prusia polaca, el rey de Inglaterra no tenía vínculos estrechos con Polonia para oponerse a ello, y en las circunstancias presentes no había que temer que Rusia pusiese obstáculo alguno." ¡Qué desprecio, no decimos de los derechos de las naciones, sino de las posesiones de los príncipes! El rey de Polonia era el aliado de María Teresa, y para recompensarle de su apoyo se entregaba la Polonia a la ambición prusiana! Federico II no aceptó esta extraña proposición: a falta del sentimiento de justicia, tenía en el más alto grado sentido político para no lanzarse en una empresa que tendía a repartir la Francia: "Tanto valdría, dice, ofrecerle coger la luna con los dientes" (1).

Sin embargo, no todo era quimérico en los proyectos de los Ingleses. No son gente que se alimenta de ilusiones. La humillación de la Francia debía servir de pedestal a su propia grandeza. Se engañaron creyendo que Francia se dejaría re-

(1) RANKE, *Preussische Geschichte*, t. III, p. 32, 33.